



天
地
之
主
耶
蘇
基督
降
生

HISPANIA

REVISTA QUINCENAL

de Arte, Literatura, Viajes, Curiosidades y Vida contemporánea

Suscripción y venta: HERMENEGILDO MIRALLES: Bailén, 59.- BARCELONA

y en la librería de Don Antonio López, Rambla del Centro, Barcelona

HISPANIA en 1902

PARECE, en rigor, inútil que HISPANIA diga, antes de pisar los umbrales de 1902, cual va á ser el camino que ha de recorrer en aquel lapso de tiempo.

Y decimos inútil, porque los hechos pasados responden de la conducta futura. HISPANIA se propuso ser la Revista más artística — en el alto y noble sentido de la palabra — y detrás dejamos, como un reguero glorioso, nuestra colección que alcanzó en el último Certamen de París el voto de un jurado internacional con medalla de oro, y en España el favor de un público que no nos ha regateado su apoyo y sus simpatías.

Bastaría, pues, que afirmáramos que HISPANIA será en lo porvenir lo que hasta aquí ha sido, pero á tanto nos obligan las muestras de aprobación de nuestros lectores, que no nos parece bastante lo ya conseguido y queremos más todavía: queremos que HISPANIA sea en 1902 la Revista por excelencia, la más artística, amena, variada é interesante. Para llegar á este fin, HISPANIA ensanchará su horizonte con objeto de que dentro de él tengan cabida todos los aspectos de la vida moderna, todos los modos de ser de la sociedad contemporánea. Cuanto puedan registrar el lápiz y el pincel como medios materiales y artísticos, la pluma como expresión literaria y la fotografía como recurso para fijar la actualidad fugitiva, vendrá á las páginas de HISPANIA como á su lugar propio, para formar al terminar el año un anuario completo y espléndidamente presentado.

Esta amplitud de sus medios de acción en 1902, obligará á HISPANIA—sin dejar de responder á su título—á dirigir su mirada fuera de nuestras fronteras, á la América española que habla y siente como nosotros, y que, como nosotros también, tendrá en HISPANIA algo de su vida, de sus costumbres y de su raza.

Para lograr estos propósitos, que no son en HISPANIA sino una forma de la gratitud que debe á la gran masa de lectores que hasta aquí le ha seguido, continua contando con la cooperación de las mejores firmas literarias y artísticas en lo que pudiéramos llamar *alma* de la Revista, y con los procedimientos materiales más selectos en lo que toca al resto. No se nos motejará de alabanza propia si decimos que podrá hacerse *tanto* como nosotros hagamos, pero que no se llegará *una línea más allá* de adonde HISPANIA llegue, afirmación que no es una promesa, sino un simple recuerdo de lo que ya llevamos hecho.

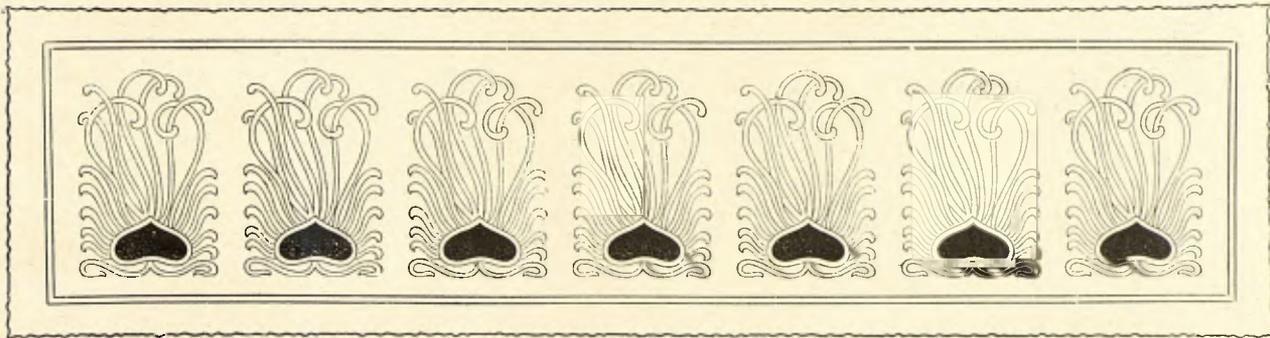
HISPANIA, en 1902, constará de **24 páginas** ❁ ❁ ❁ ❁ ❁ ❁ ❁ ❁ ❁

Con el objeto de simplificar nuestra administración y evitar molestias á nuestros suscriptores, conviene que, al suscribirse, abonen el importe de la suscripción anual, que asciende á **quince pesetas**.

Los abonados que hayan satisfecho por anticipado el precio de la suscripción, tendrán derecho á los siguientes

Regalos: Unas elegantes tapas para la encuadernación
24 tarjetas postales, una en cada número ❁ ❁

Los corresponsales de la Península é islas adyacentes, al hacer suscripciones anuales, enviarán el importe líquido, deducida su comisión, á esta administración, y de aquí se les mandará un recibo formalizado para cada suscriptor. Se remitirán estrictamente los regalos correspondientes á los recibos que esta administración haya librado.



LA PRIMERA NEVADA

Es un *espectáculo* que se contempla todos los años en las provincias Norte-Noroeste de nuestra Península, y, sin embargo, la primera nevada de la temporada constituye, para los naturales de aquellas regiones, algo así como una nevada nunca vista, como un acontecimiento rutinario y antiguo en su fondo, en su forma, y novísimo, de alta novedad, en la manera original de presentarse, en la manera especial de sorprendernos. Porque las nevadas tienen un gran parecido con las mujeres galantes, coquetas y de temperamento sensual y picaresco, que unas veces afectan timidez y tristeza, otras desenvoltura y alegría, en ocasiones debilidad y flaqueza, y á ratos nerviosidad vigorosa, alborotado regocijo, exuberancia de vida y de amor...

Así son las nevadas: unas veces, obscurecido el sol, descende el conge-

lado líquido miedosamente, con parsimonia y melancolía; otras, brillando en el horizonte el retozón y chispeante astro, bailotean en el espacio menudos y traviosos copos que, mariposeando al ras de la tierra, acaban por convertirse en inofensivo y suave rocío; en ocasiones, encapotado el cielo, cubierto por densos é inmóviles celajes, las mosquitas blancas caen indolentemente, perezosamente, como temerosas de

llegar abajo y besar el suelo; y á ratos, escondido el sol, enrarecido el ambiente por espesos y hoscos nubarrones, se desgaja la nieve con furia impetuosa, con loco y laberíntico zarandeo, con plétora de energía, de alientos, de avasalladora potencia...

* * *

Allá, nieva siempre; nieva todos los años, todos los inviernos, y á pesar de lo inmensamente triste, y, á veces, hasta terrorífico que





es el vivir una semana, un mes entero, bloqueados por la nieve, sitiados en el pueblo, incomunicados con el resto del mundo, casi emparedados en muchas ocasiones, tengo la seguridad de que si un año, solamente un año, dejaran de visitarnos las nevadas, las echaríamos de menos, sentiríamos la nostalgia de la nieve, nos resignaríamos de mal grado á no presenciar los indudables encantos del majestuoso y sublime *espectáculo*.

Hasta que la primera nevada nos saluda, ni las castañas asadas en el rescoldo de la fogata tienen su rico sabor, ni la vieja hila atareada y afanosa, ni se congregan los ancianos en las cocinas á contar consejas, chascarrillos y « valentías » de sus mocedades, ni la gente joven se solaza y corteja en arcados establos ó abrigados espadaderos, ni los chiquillos estrenan refrigerantes escarpines de sayal y pintarrajeadas almadréñas... Es preciso que nieve, que caiga la primera nevada, para que nos consideremos en pleno invierno, para entregarnos en cuerpo y alma á los usos y costumbres de la estación invernal, para darnos cuenta de que el frío ha penetrado en nuestros hue-

sos, entumece nuestros cuerpos y aterece nuestras manos.

Entonces es cuando se empieza á tiritar, cuando se dice que ha entrado el invierno y cuando se piensa en buscar cocinas amplias, resguardadas de todos los vientos y provistas de abundante leña, para convertirlas en veladeros.

Y en los veladeros se comen castañas asadas y piñones tostados, se bebe, se canta, se baila, se pellizca á las mozas á hurtadillas, se bromea, se miente sin perjuicio de tercero, se ríe, se reza, hilan las viejas, espolvorean el lino y preparan las ruecas las muchachas casaderas, juegan á la brisca ó cuentan historias los abuelos, danzan los mozos de un escaño á otro á la querencia de las rozagantes dulcineas, y, en la calentita « trébede », duermen apaciblemente el sueño de los felices y justos de la tierra las infelices criaturas...

* * *

Para mi gusto, la primera nevada de cada estación ha de ser abundante, copiosa, con aparato y honores

de monumental; pues así en las nevadas, como en el amor, como en las ideas, como en todo lo que revisite, significa ó encierra algo artístico, sublime, ó espiritual, me seduce y cautiva lo extraordinario, lo grandioso... Además de esto, he oído decir á muchos moradores de aquellas inmensurables montañas y pelados vericuetos que sirven de línea divisoria entre Castilla y Asturias, que el número de bodas en cada invierno está en relación directa con la magnitud de la primera nevada; y siendo exacto, ó cuando menos aproximado á la verdad este dicho, ¿quién no verá con desinteresada y grata satisfacción caer nieve y más nieve, hasta poder observar que la acumulada en el suelo se besa con los aleros de los tejados?... ¡Dichoso beso que, por inescrutables designios ó fantásticas y gratuitas figuraciones, ha de despertar afectos en estado de somnolencia y promover otros besos más ardientes, más simpáticos y más fecundos!

La primera nevada del pasado invierno, ó sea la última que yo presencié, contemplé y disfruté, fué de las que hacen época en la historia climatológica de las regiones, de las provincias, ó de los valles.



Era á media tarde; cesó súbitamente el huracanado ventarrón que rugía furioso en la lejana llanura, resonando sus ecos de valle en valle y de montaña en montaña; obscurecióse el firmamento, y comenzó á cernerse sobre la tierra una de las nevadas más tremendas y *sugestivas* que, al decir de las gentes, habían conocido los nacidos. Al salir aquella noche para sus casas los concurrentes al veladero á que yo asistí, los copos de nieve, esponjosos y esparramados, caían serena y pausadamente, con cierto aire de señorial elegancia... ¡Qué delicia, qué maravilla!... Los tejados y la tierra aparecían cubiertos por el blanco sudario, que no tendría menos de un metro de espesor. Y los pacíficos y cachazudos aldeanos, sin arredrarse

ante tan pavoroso temporal, reían á carcajada tendida, celebrando con graciosas y picarescas ingeniosidades el brío de la primera nevada del año. Porque, lo que ellos decían:— «Año de nieves, señal, que no falla, de aumento de prole.»

Y tienen razón aquellos montañeses: las *nevadonas* incitan á contraer matrimonio y sugieren voluptuosas ternezas...

DESIDERIO MARCOS

NOCHE BUENA

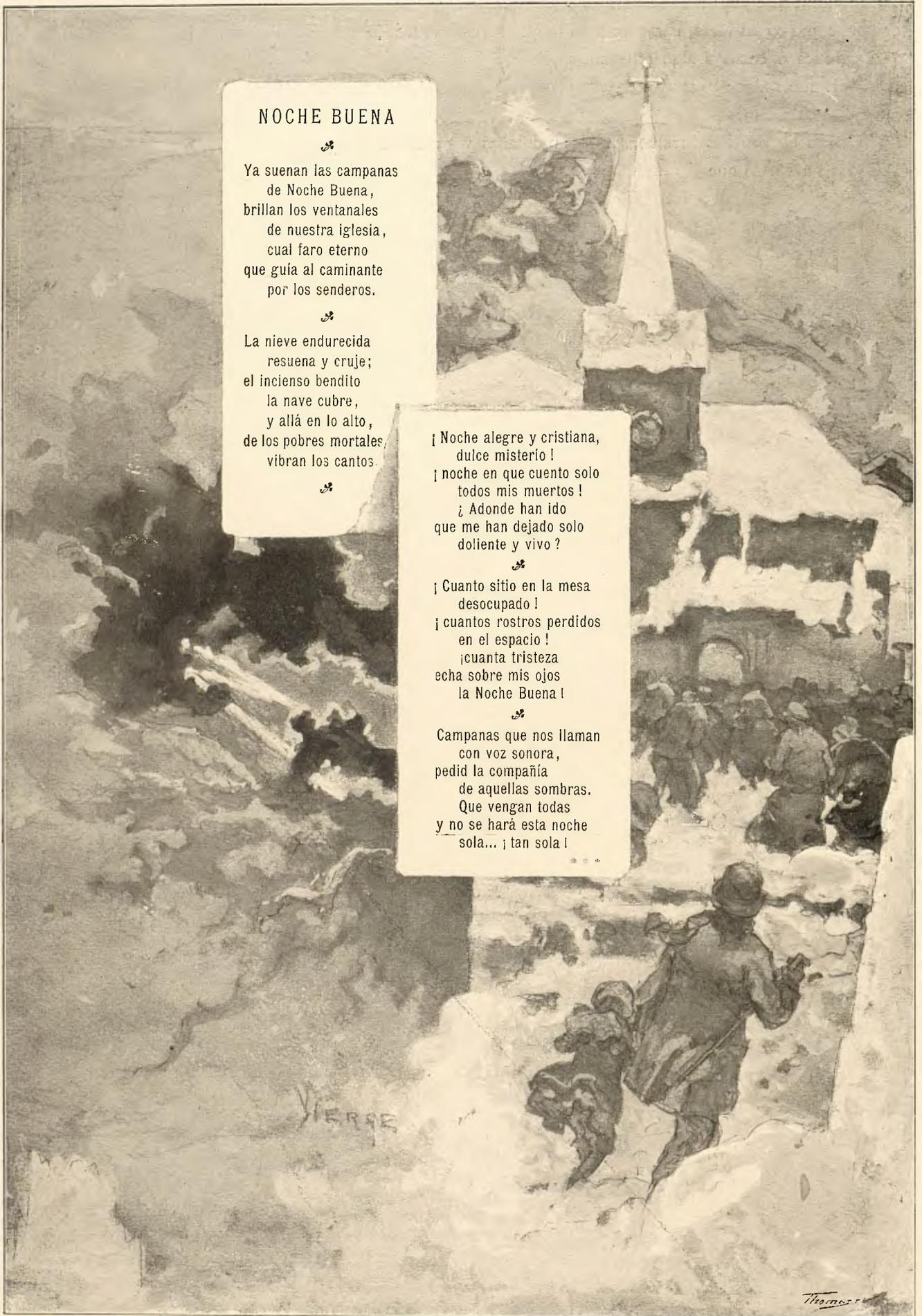
Ya suenan las campanas
de Noche Buena,
brillan los ventanales
de nuestra iglesia,
cual faro eterno
que guía al caminante
por los senderos.

La nieve endurecida
resuena y cruje;
el incienso bendito
la nave cubre,
y allá en lo alto,
de los pobres mortales
vibran los cantos.

¡ Noche alegre y cristiana,
dulce misterio !
¡ noche en que cuento solo
todos mis muertos !
¿ Adonde han ido
que me han dejado solo
doliente y vivo ?

¡ Cuanto sitio en la mesa
desocupado !
¡ cuantos rostros perdidos
en el espacio !
¡cuanta tristeza
echa sobre mis ojos
la Noche Buena !

Campanas que nos llaman
con voz sonora,
pedid la compañía
de aquellas sombras.
Que vengan todas
y no se hará esta noche
sola... ; tan sola !



D. U. VIERGE.—NOCHE BUENA EN BRETAÑA

La Casa de los Sres. Calvet

EL acuerdo tomado por el Municipio barcelonés de honrar públicamente con un diploma al arquitecto autor del edificio más artístico construido durante el año y de perpetuar el recuerdo de tal honor por medio de una placa alegórica fijada en la fachada de la construcción favorecida, es acuerdo de un Municipio culto, que, tanto como á las necesidades materiales de sus administrados, quiera atender á otras no menos imprescindibles: las estéticas, las morales.

A ejemplo de otras corporaciones populares del extranjero, que, con honoríficas recompensas, han estimulado el que hoy llaman *Arte de la calle*, quiso nuestra corporación municipal contribuir con sus oficiales honores al gran despertamiento arquitectónico iniciado desde hace algunos años en Barcelona, como uno de los signos más patentes del renacimiento catalán.

Cuando no por otra cosa, merecería encomios el referido acuerdo, porque, premiando el mérito individual del artista constructor y la variedad y novedad de estilos en las obras, significa que nuestro Ayuntamiento se aparta definitivamente de aquel anticuado criterio antiartístico que prescribía la regularidad, la cuadrilación, el nivel y la uniformidad.

¡Cuán distanciados nos hallamos ya de aquella estúpida reglamentación que ponía el veto á toda libertad, á toda inspiración, á todo ornato natural, á todo elemento pintoresco! ¡Cuán lejos estamos ya de aquellos días en que las Ordenanzas no consentían cuerpos salientes en las casas y en que los agentes de la municipalidad perseguían el cultivo de flores en los balcones y ventanas!

Para que los aires de la naturaleza y del arte reinen por completo en la urbanización y en la edificación barcelonesa, ya sólo falta el próximo advenimiento en la casa comunal de estos hombres nuevos, por todos esperados, que han de dar enérgico, vigoroso impulso á iniciativas tan laudables y propias para estimular el florecimiento artístico, como esta que nos ocupa.

* * *

Mas si es de feliz augurio para el porvenir del arte arquitectónico en Barcelona la concesión de premios acordada y otorgada por el Municipio, todavía es más lisonjero que semejante distinción, al adjudicarse por vez primera, haya recaído en un artista de tan geniales vuelos como es Antonio Gaudí. El eminente constructor que trazó el imponente palacio Güell, que levantó la simbólica fuente de la *Natividad* en el templo de la Sagrada Familia, que está creando en la cordillera que circunda nuestra ciudad un sitio de recreo veraniego sobremanera pintoresco, sobremanera original, era, en verdad, de los que tenían mejor derecho á la primacía de la distinción.

Como todos los hombres verdaderamente creadores, Gaudí es variadísimo en su obra. Los edificios por él ideados revisten los más distintos aspectos, según

se trate del recogimiento de la casa conventual ó de la serenidad un tanto glacial del palacio, ó de la majestad grandiosa del templo católico, Pero esta concordancia de la construcción con su destino, pocas veces se habrá visto mejor realizada que en la casa edificada en la calle de Caspe para los señores Calvet.

El adusto arquitecto de la casa de los Fernández Andrés, de León, el babilónico constructor de la Sagrada Familia, de Barcelona, ha querido mostrarse idílico, risueño, por esta vez. Proponiéndose elaborar algo como un nido alegre y cómodo, que sirviera de plácido albergue á los individuos de una familia, estrechamente unidos por lazos de cariño y afección, apeló á las amables artes del siglo XVIII, que parecen tener el privilegio de simbolizar la gracia y el amor.

Elementos y modalidades de estilo Luís XV, libremente adoptados por el insigne arquitecto catalán, han dado á la construcción estos especialísimos caracteres de elegancia, que, al reflejarse en la fachada anterior, evocan el recuerdo de las más agraciadas construcciones del barroquismo, y al reflejarse en la fachada posterior suscitan la imagen coquetona de una *borbonière* salida de la Alcora ó de Moustier.

* * *

Muchas de estas ideas é impresiones se abrían paso en nuestra imaginación al asistir, el día 3 del actual Diciembre, á la solemne ceremonia de descubrirse oficialmente en la casa de los señores Calvet la placa conmemorativa del premio adjudicado, el año anterior, á tan bello ejemplar arquitectónico.

Los concurrentes á la simpática fiesta, entre los cuales figuraban individuos del jurado calificador, notables arquitectos barceloneses, hombres del mundo artístico y literario, no sabían reprimir las muestras de la admiración que les producían, por su arte, por su elegancia, por su ingeniosa resolución, ó por su *confort* notable, las diversas piezas del edificio premiado, mientras las recorrían en toda su extensión.

HISPANIA, que se esfuerza constantemente en honrar á los hombres eminentes de nuestro país y en conmemorar gráficamente en sus columnas los acontecimientos artísticos y literarios de que es teatro nuestra ciudad, no podía dejar transcurrir esta ocasión sin unir su tributo de entusiasta admiración á los que han sido ya rendidos al genial artista Gaudí, con motivo del premio recientemente otorgado á su obra.

Pero al propio tiempo debe HISPANIA felicitar á los señores Calvet, por haber confiado á tan eminente maestro la construcción de su casa. El día que los propietarios barceloneses encargen el proyecto de sus viviendas á los arquitectos verdaderamente artistas, que son el orgullo de nuestro renacimiento catalán, habrá quedado en buena parte resuelto el problema estético de nuestra ciudad.

JACOBO DE VIGNOLA

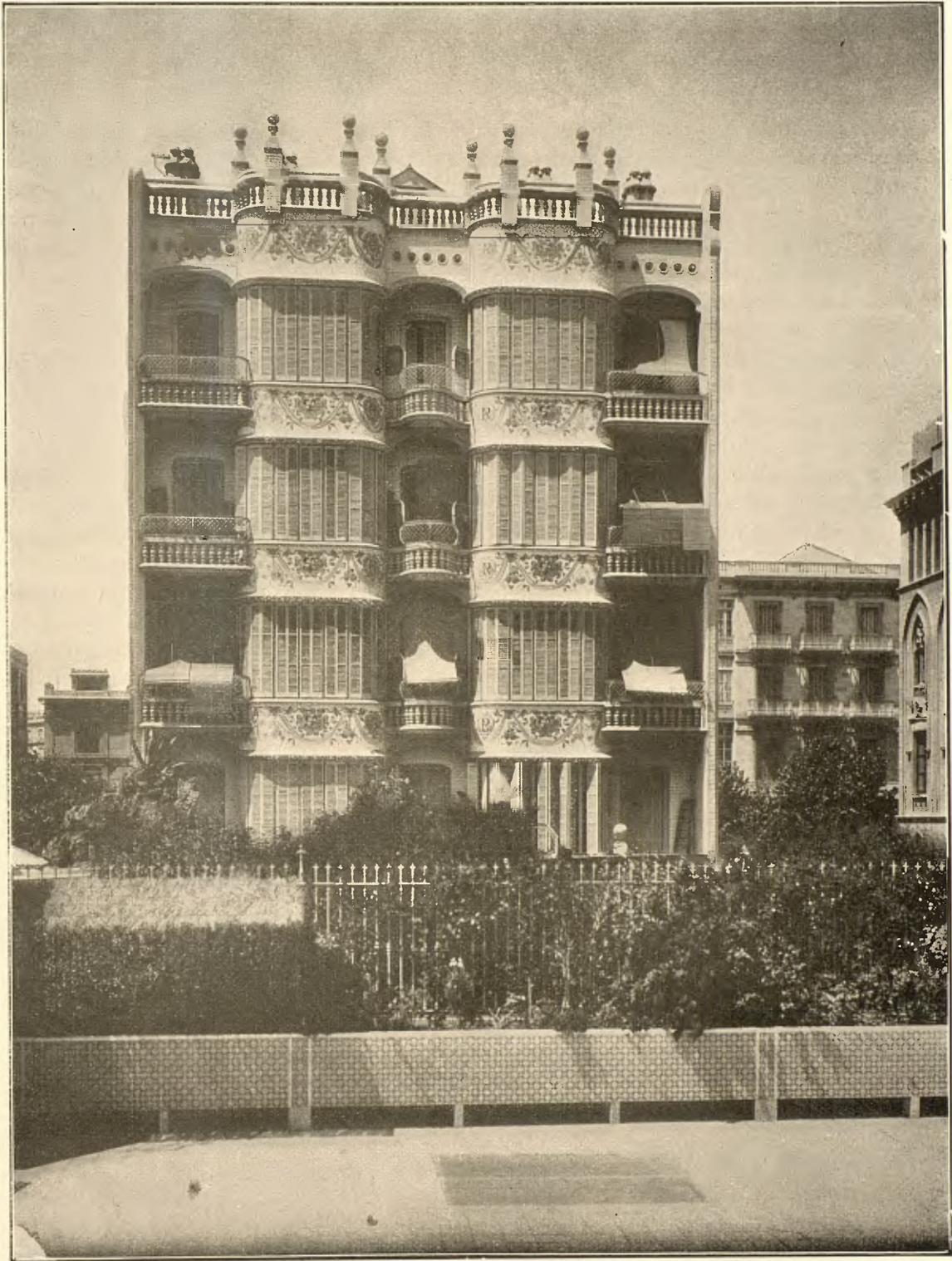


Antonio Gaudí, arquitecto

Propiedad de los Sres. Calvet

Casa premiada por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona

FACHADA ANTERIOR



Antonio Caudí, arquitecto

Propiedad de los Sres. Calvet

Casa premiada por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona

FACHADA POSTERIOR

POBRE DE ESPÍRITU

I

Muy cerca de Madrid hay pueblos medioevales cuya cultura parece que tiene sus raíces en la más escondida serranía. En pocas horas se llega á ellos desde la corte, y el visitante queda desencantado al ver aquellas tapias de adobes, aquellas casas de aspecto miserable, aquellas callejas desiguales y sucias, aquellas iglesias revocadas por un modernismo de mal gusto... Al volver á Madrid diríase que por una evocación maravillosa acabamos de ver el célebre *lugar* de la Mancha, siglos antes de que naciese el ingenioso hidalgo.

En uno de esos pueblos vivía Adrián con sus padres y con su hermano. Eran labradores bien acomodados y labraban sus tierras con tres pares de mulas. Los dos muchachos trabajaban como lo que eran: como mozos robustos. Los dos valían lo mismo, los dos se alzaban antes del alba de las duras tablas que en el granero les servían de lecho y labraban las tierras con iguales surcos. Los dos aviaban los carros, uncían las parejas, componían los aperos rotos, prevenían las contrariedades del tiempo, resistían el cansancio y adelantaban el trabajo.

Pero Adrián se consumía de tristeza porque el padre no le quería bien y prefería *al pequeño*. El pequeño era el listo, el bien hablado, el buen trabajador. En sus horas de expansión le miraba riéndose con toda la boca, y decía:

— ¡Este sale á mí!

Adrián tenía de su parte á la madre; pero la pobre no podía darle más que el consuelo de sus lágrimas. El amo de la casa era el padre. Nadie más que él mandaba y disponía; nadie elogiaba ó castigaba más que él. Adrián sufría siempre los contratiempos y los malos humores.

Llegó á ser tal la preferencia, que se abrió un ancho tajo infranqueable entre los dos hermanos y entre Adrián y su padre.

Para no pensar en ello, las horas libres, las de la noche, hablaba con la novia por las tapias del corral de su casa. Entonces era feliz. La muchacha le quería con el alma porque era una hija sin padres, una chiquilla abandonada y recogida por caridad en una casa pobre. Le quería como á su redentor. Y Adrián la debía en cambio la única hora feliz de sus días negros. Del amor á la novia brotaban en su pecho espigas sanas, y aquel florecimiento de un amor sencillo acababa con las malas hierbas y los malos pensamientos.

Cuando su padre y su hermano lo supieron, creyó Adrián que el mundo se le venía encima.— ¡La Petru-

chal! ¡Un guiñapo *tirao* en medio *el* arroyo! —decía el viejo— ¡Antes cegar que consentirle á un hijo esa mala vergüenza! Y el pequeño aparentaba calmar su indignación.— ¡Déjele usted, padre, el pobre no se ha atrevido á mirar más alto! ¡Como es tan *para-poco*!

Adrián buscaba las noches más oscuras para que nadie le viera junto á las tapias del corral. Ella, que sabía sus desdichas, le pedía llorando que se olvidara para siempre de sus amores y que fuera feliz, y él, abrumado por aquellas lágrimas, volvía á casa meditando planes de rebelión y queriéndola cada vez más.

Pero entre los dos le envenenaban la vida. El padre, poniendo su cariño en ridículo con la tremenda sátira campesina, hendida y aplastante como la pezuña de un buey; el hermano sonriendo socarronamente y dejando caer alguna palabra mansa. La conciencia de su situación le hacía cada vez más torpe, y sobre la lluvia menuda de las burlas y de los desprecios caían como chaparrones de tormenta las iras del viejo. Las tareas más pesadas eran para Adrián y también las palabras más duras y los golpes. Volvió á pegarle como cuando era chico, sin que la madre lo pudiera impedir.

Un día su corazón desbordó. Llamó á su madre cuando nadie los veía.

— ¿Qué hago, madre?—le dijo.— ¡Me niegan hasta el agua y el pan! ¡Quieren que me hierva la sangre y que un día me vuelva contra ellos! ¿Verdad que debo irme?

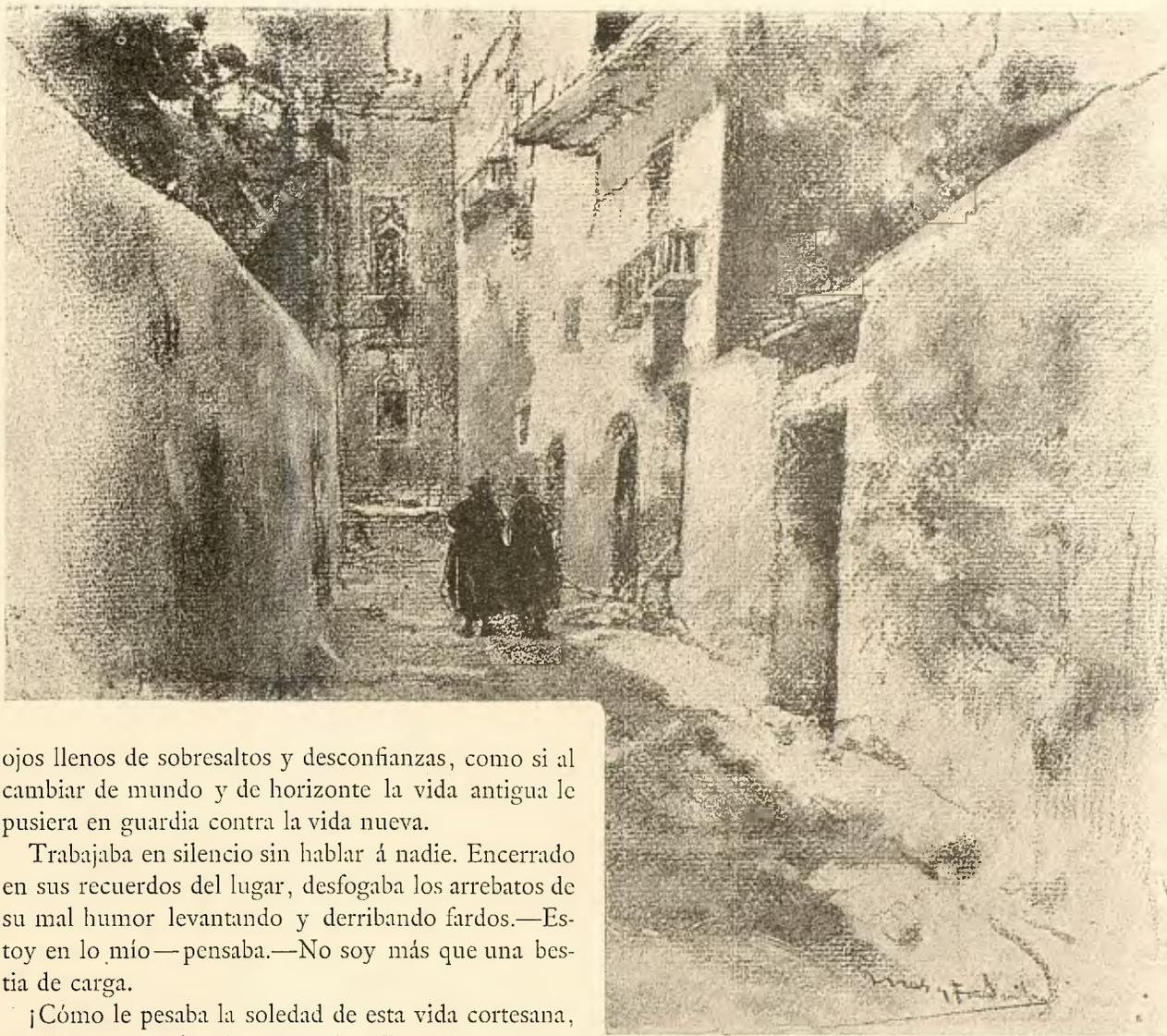
La madre llorando le contestó que sí.— Vete, hijo mío, aunque nos dejes á nosotros. Vete de tu casa. ¡A ver si se ablanda su corazón cuando te echen de menos!

Y Adrián cogió su hatillo, guardó en el pañuelo bordado por la novia los ahorros de la madre y se fué á Madrid.

II

Durante un mes solicitó en todas partes, y al fin se alistó en el muelle de una estación para ganar seis reales diarios por el trabajo asesino de la carga y descarga.

Madrid le aturdió y le anonadaba. Era un muchacho robusto, sanguíneo, curtido por el sol y por el viento, con nervios como cables, con las manos encallecidas por el legon, el biello, las riendas y el arado, la voz dura y vibrante, acostumbrada á cruzar las grandes distancias del campo sin límites, y los



ojos llenos de sobresaltos y desconfianzas, como si al cambiar de mundo y de horizonte la vida antigua le pusiera en guardia contra la vida nueva.

Trabajaba en silencio sin hablar á nadie. Encerrado en sus recuerdos del lugar, desfogaba los arrebatos de su mal humor levantando y derribando fardos.—Estoy en lo mío—pensaba.—No soy más que una bestia de carga.

¡Cómo le pesaba la soledad de esta vida cortesana, tan ingrata para los desamparados! Dormía en un cuchitril y comía en un figón, donde pasaban las horas de descanso sus compañeros de trabajo. *El ama* era una matrona de excesivas carnes, ancha y colorada de rostro, el pelo de un rubio ceniciento y las pestañas y las cejas perdidas y difuminadas en la rubicundez de su piel tersa. Como le veía tan apartado de todos y tan mustio, la *señá Ana* llegó á mirarle con cierta simpatía. Si los parroquianos más alborotadores se iban ó se enfrascaban en interminables partidas de mús, la buena mujer se llegaba á la mesa de Adrián y se reía de verle con el cuello doblado y los brazos caídos, fijos los ojos en el suelo como si acabara de hundirse su fortuna en la tablas.

—¿Es rubia ó morena?—le preguntaba.—*De por fuerza* es una moza la que te tiene tan *amilanao*.

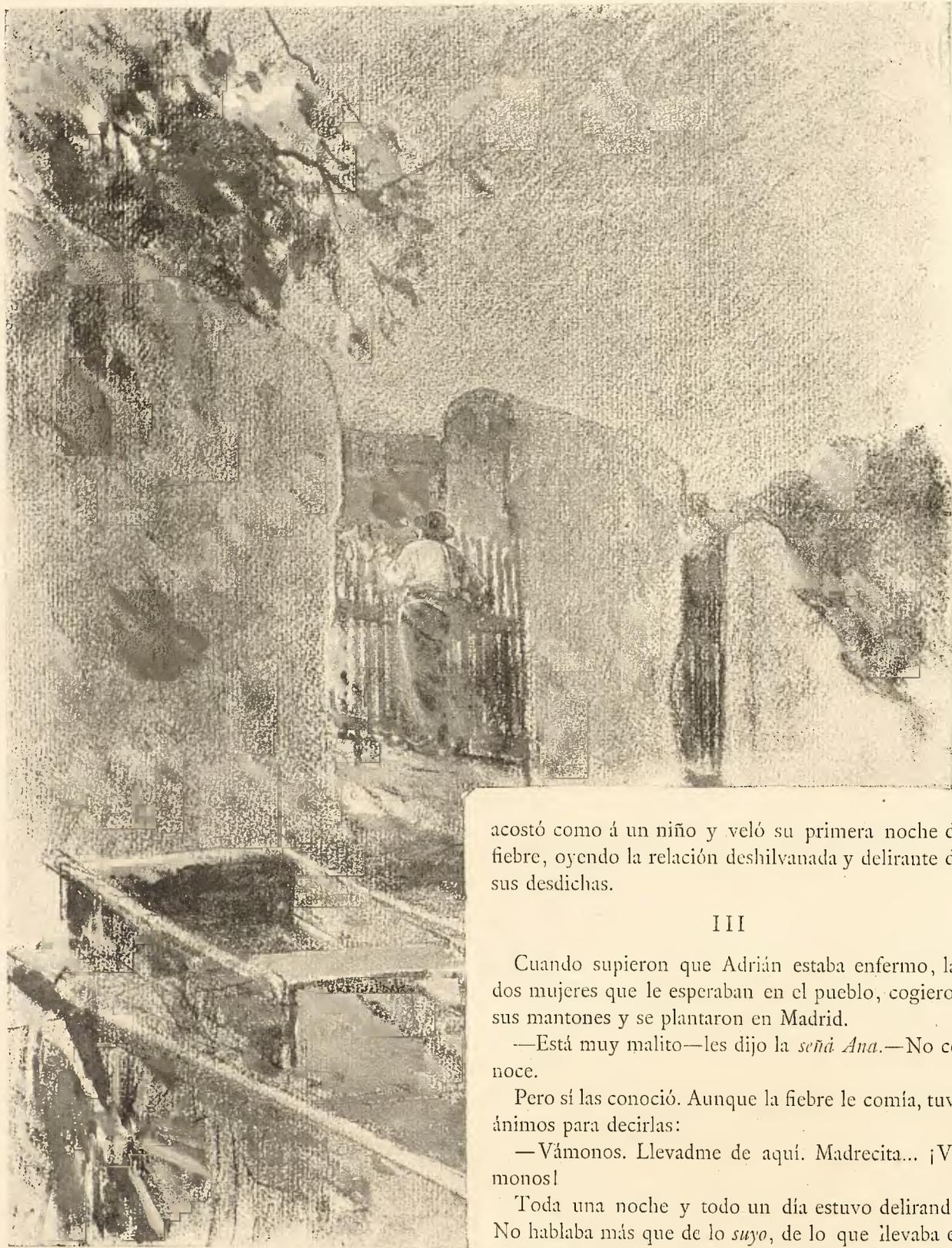
Los primeros días Adrián no quiso saber nada del pueblo «¡Como si me hubiera muerto!» Pero luego sintió una necesidad invencible de hablar de los suyos con alguien *de allá*. Su madre le había dicho:—No dejes de ver al ordinario.—Y la oscura posada de la calle de Toledo donde paraban los carros del lugar, se llanaba para Adrián de una luz gloriosa cuando algún paisano le traía lo que la madre apartaba para

el hijo perdido, ó la carta que la novia dictaba á alguna amiga para decirle que después de muerta seguiría queriéndole...

Pasaban días y meses. *Aquel corazón no se ablandaba*. El padre quería castigar al hijo que le había abandonado y no le nombraba siquiera, ni dejaba que nadie le nombrase delante de él.—«¡Como si se hubiera muerto!»—decía también. No se limitaba á decirlo, sino que lo creía como si fuera cierto.

Y mientras la madre y la novia vivían toda la semana pensado en el carro del ordinario, con sus mulas llenas de campanillas y su balumba llena de trastos y de encargos, Adrián, con el alma muy lejos de Madrid, veía en sueños el camino del lugar y le parecía el camino de la dicha.

Era en otoño. Llovía. La estación estaba envuelta en una niebla gris y la lluvia caía como un llanto de los cielos sobre la tierra, entristeciéndola. Parecíale á Adrián que siempre, desde que empezó el mundo, había estado lloviendo, y que nunca jamás dejaría de llover. Y la lluvia le entraba hasta los huesos: más profunda todavía, porque inundaba su espíritu de frío y de tristeza.



Pasó un día entero sin ir al trabajo, tiritando en un rincón de la taberna y oyendo á la *señá Ana* que hablaba... hablaba... con el inagotado é inagotable verbo tabernil, infinito como la eternidad. Al fin el ama vió que Adrián estaba enfermo, pálido, con los ojos extraviados.—Este pobre muchacho—dijo á los parroquianos—se nos va á quedar aquí como un pájaro. Y ella misma le subió al su cuchitril donde dormía, le

acostó como á un niño y veló su primera noche de fiebre, oyendo la relación deshilvanada y delirante de sus desdichas.

III

Cuando supieron que Adrián estaba enfermo, las dos mujeres que le esperaban en el pueblo, cogieron sus mantones y se plantaron en Madrid.

—Está muy malito—les dijo la *señá Ana*.—No conoce.

Pero sí las conoció. Aunque la fiebre le comía, tuvo ánimos para decirlas:

—Vámonos. Llevadme de aquí. Madrecita... ¡Vámonos!

Toda una noche y todo un día estuvo delirando. No hablaba más que de lo *suyo*, de lo que llevaba en el alma. Las dos mujeres le oían estremeciéndose de tristeza. La joven lloraba, pero la madre no: tenía los ojos encendidos y no los apartaba de los de su hijo.

Aquel cuartucho abohardillado, sucio y estrecho, les parecía la antesala de la muerte. Se ahogaban en aquel aire, y no por ellas, sino pensando en que el pobre Adrián no podía respirar.

La *señá Ana* había avisado un médico. Era un buen

muchacho, practicante de San Carlos, que estuvo toda la noche junto á la cabecera. Ellas no oyeron lo que dijo á la *señá Ana*, pero lo adivinaron en su cara: « ¡No tenía remedio! ¡Se moría! »

Entonces, sin decirse nada, las dos mujeres dejaron libre curso á los impulsos de su corazón.

Le vistieron, le arroparon con sus gruesos mantones, le bajaron en brazos hasta el coche y le llevaron á la posada del lugar. El carro del ordinario volvía al pueblo. ¡Cuántas veces le habían esperado allá para saber del que ahora llevaban! Prepararon blanda cama con sus ropas y le tendieron cuidadosamente. Ellas se pusieron á un lado y á otro, abrigándole con el propio calor, sin mirarse y sin hablar palabra.

Camino adelante... ¡qué camino tan largo! meciéndose al compás monótono de las campanillas, baqueando en los baches, parándose en las ventas, vieron pasar las interminables horas de una mañana neblinosa y sombría. Adrián apenas respiraba. La fiebre y el delirio habían desaparecido. Una serenidad suprema resplandecía en su rostro.

A la tarde llegó el carro cerca del pueblo. En la línea recta del inmenso horizonte se destacaba la torre con aquel campanario y aquel tejadillo que veía Adrián á ojos cerrados en el figón de la *señá Ana*. Cuando lo vieron, las dos mujeres le incorporaron suavemente é inclinaron hacia la torre su cabeza.

¿Pudo verla? El último destello de sus ojos y el último estremecimiento de sus manos frías, ¿eran la expresión de júbilo del pobre lugareño? ¿Vió la torre á cuya sombra jugó de niño, ó llegó su mirada á otra región más alta, donde tienen los pobres de espíritu la bienaventuranza?

Besaron ellas, llorando, sus manos y su frente, cubrieron el cuerpo con los mantos negros, bajaron del carro, y á través de los campos le siguieron silenciosas.

A derecha é izquierda del camino los labradores trazaban interminables surcos. El campanileo de las mulas, lento y acompasado, les hacía volver la cabeza é interrumpir su trabajo.

El padre y el hermano labraban sus tierras. Al pasar el carro miraron también, poniendo las manos en los ojos para que no les hiriesen los rayos del sol. Avanzaba pausadamente por la carretera, y la luz roja del crepúsculo le iluminaba con sangrientos reflejos. Detrás del carro caminaban las dos mujeres.

El viejo dijo al pequeño:

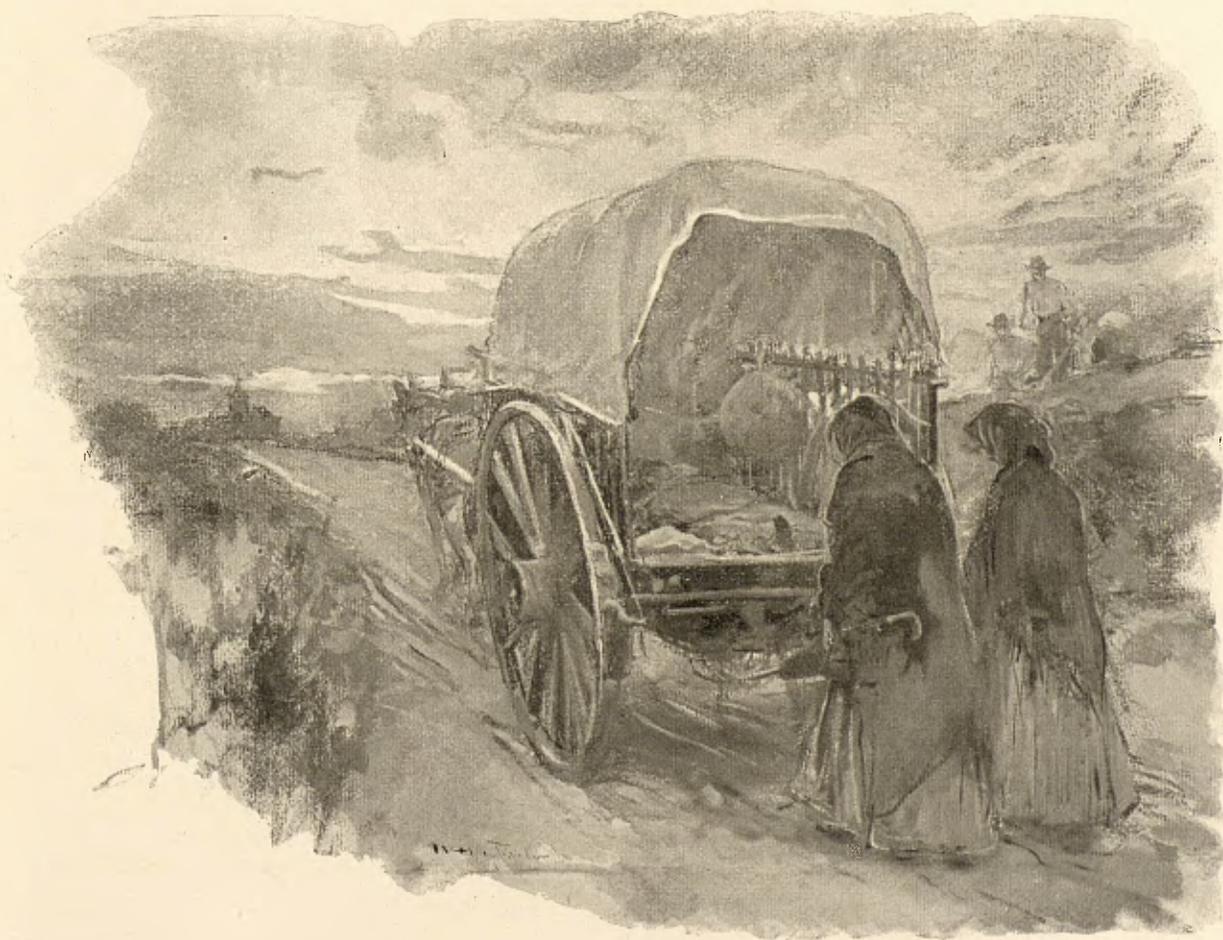
—Es tu madre.

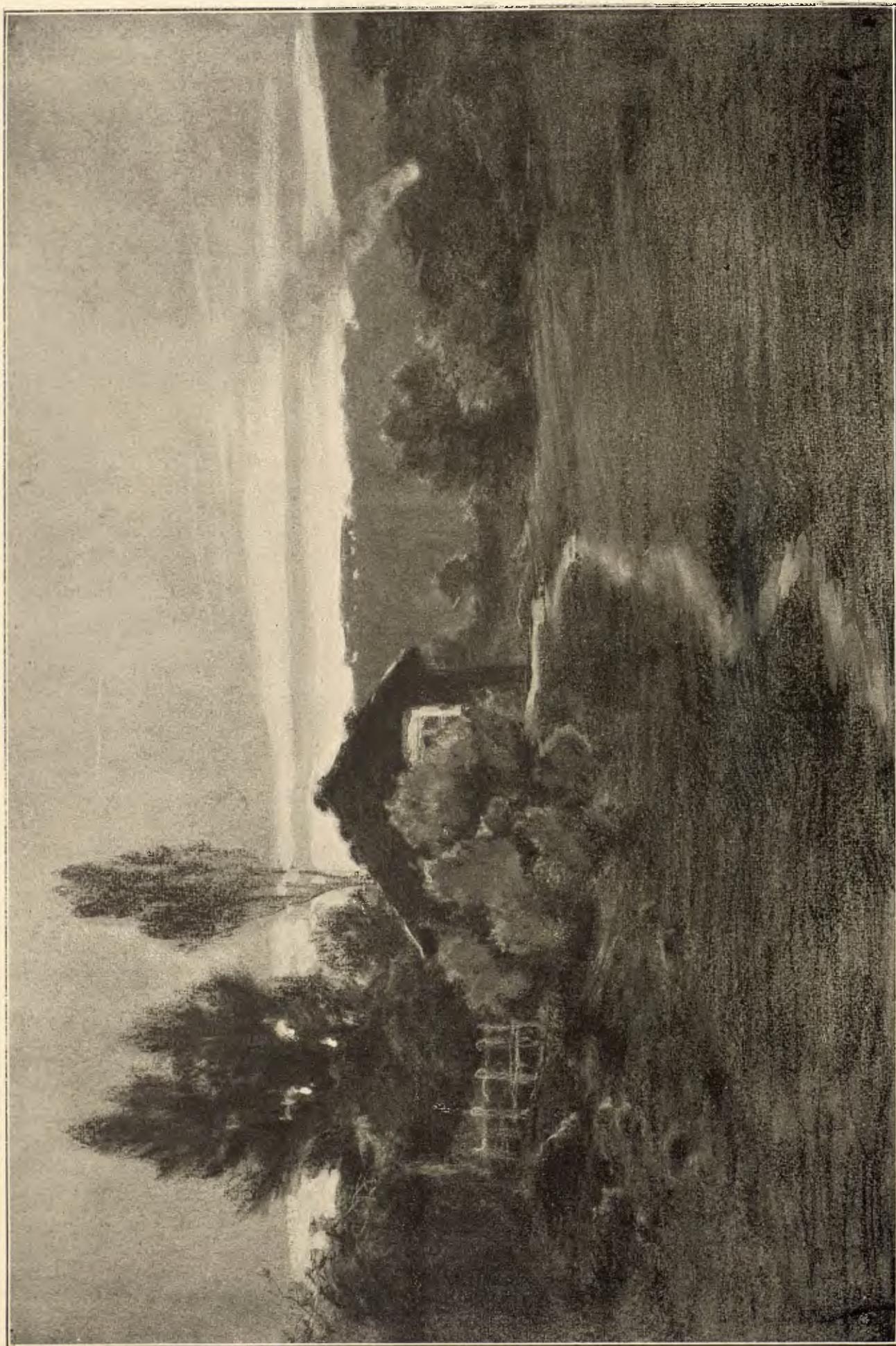
Y el pequeño contestó:

—Mi madre y la Petrucha.

El cortejo siguió su camino, y los hombres volvieron á hundir en la tierra la reja del arado.

LUIS BELLO





CARLOS VAZQUEZ. — PAISAJE

Dicen que no la quieres
ni vas á verla,
pero aquel caminito
no críala yerba.

LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)

Mi señora os ofrece» dijo Schwemmel «sus servicios y su fidelidad, y si le fuera posible veros con frecuencia, creed que ninguna felicidad en la tierra sería mayor para ella.»

La reina Uta les respondió: «Eso no puede ser. Por grande que fuera el placer que tuviera en ver á mi querida hija, la noble reina vive muy lejos; que siempre sea feliz así al lado de Etzel.»

»Hacedme saber antes de partir, cuándo pensais volver; hace mucho tiempo que no veo á ningún mensajero con tanto gusto como á vosotros.» Los jóvenes prometieron hacer lo que les pedía.

Los del Huneland se retiraron á sus alojamientos: el rico rey había hecho llamar á sus amigos. El noble Gunter preguntó, uno á uno, á todos sus hombres, si la invitación les parecía bien. Muchos dijeron que irían con gusto al país del rey Etzel, y lo mismo manifestaron los mejores de los que allí se encontraban, excepto Hagen que sentía furiosa cólera. Dijo aparte al rey: «Con vos mismo estais de malas.»

»No ignorais nada de lo que hemos hecho: siempre debemos tener gran cuidado con Crimilda, pues por mi mano dí muerte á su esposo. ¿Cómo quereis que vayamos al país del rey Etzel?»

El poderoso rey respondió: «Mi hermana había olvidado su odio: con amorosos besos lo manifestó así antes de marchar de mi reino, si no es, señor Hagen, que á vos sólo haya dejado de perdonaros.»

«No os dejéis engañar» replicó Hagen, «por nada que os digan esos emisarios de los Hunos; quereis ir á ver á Crimilda y puede costaros vida y honor; ¡muy tenaz es en la venganza la esposa del rey Etzel!»

El rey Gernot contestó al consejero: «Porque teneis fundado motivo para temer la muerte en el reino de los Hunos, no debemos nosotros renunciar á ver á nuestra hermana, pues sería obrar mal.»

El joven Geiselher dijo al guerrero: «Ya que os sentís culpable, amigo Hagen, permaneced en el país libre de todo temor: dejad que los más atrevidos vayan al reino de los Hunos.»

El héroe de Troneja comenzó á irritarse. «No quiero que jamás tengais en vuestra corte uno que esté más dispuesto á acompañaros que yo: no quereis renunciar á vuestro proyecto y pronto os lo haré ver.»

Así dijo el héroe Rumoldo jefe de las cocinas: «Podeis tratar como querais á extranjeros y amigos; no creo que nadie os haya dado en gage.»

»Ya que no quereis escuchar á Hagen, oid el consejo de Rumoldo, porque él es vuestro decidido servidor: permaneced en vuestro país según mi indicación, y dejad tranquilo al rey Etzel con Crimilda.»

»¿En qué parte de la tierra viviríais tan feliz como aquí? Aquí estais á cubierto de vuestros enemigos: vestíos vuestros mejores trajes, bebed el vino que más os guste y amad á muchas hermosas mujeres.»

»Aquí tendreis buenos manjares, los mejores que en el mundo haya comido un rey, y si aun esto no bastara, acordaos de vuestra bella esposa antes de ir á exponer vuestra vida.»

»Permaneced aquí; el país es rico; más cómodo es pagar aquí rescate que entre los Hunos: ¿quien sabe lo que sucederá allí? Permaneced aquí, señores; este es el consejo de Rumoldo.»

«No queremos permanecer, respondió Gernot. ¿Cómo nos hemos de negar á la amistosa invitación que mi hermana y el rey

Etzel nos hacen? El que no quiera venir con nosotros, que permanezca aquí.»

Hagen respondió: «Cualquiera que sea vuestro acuerdo, que no os ofendan mis palabras: creed que mis observaciones son justas, y ya que os decidís á ir al Huneland, id bien armados.»

»Ya que no quereis renunciar, convocad á vuestros hombres más valientes, y entre todos ellos cojed mil buenos caballeros; así no os será peligrosa la cólera de Crimilda.»

«Eso quiero hacer» respondió el rey enseguida. Envió mensajeros por todo su reino, y vinieron unos tres mil guerreros ó más. No sabían que habían de sufrir grandes pesares.

Ellos caminaban con grande alegría por el país del rey Gunter. A todos los que tenían que ir al Huneland, les dieron caballos y vestidos; entre ellos el rey vió á muchos buenos caballeros.

Hagen de Troneja y Dankwart, su hermano, llevaron al Rhin ochenta guerreros armados y vestidos: ricas armaduras llevaban aquellos valientes al país del rey Gunter.

Llegó el fuerte Volker, un noble músico con treinta de sus guerreros, que llevaban magníficos vestidos, dignos de un rey. Hizo saber al rey que iba con él al Huneland.

Quiero deciros quién era aquel Volker. Era un noble señor al que pagaban tributo muchos buenos guerreros de Borgoña: como sabía tocar el laud, le llamaban el artista.

Hagen escogió mil de los que habían ido; sabía las proezas que habían realizado sus brazos y las hazañas que habían hecho, pues por sí mismo las había visto. Nadie podía dudar del honor de ellos.

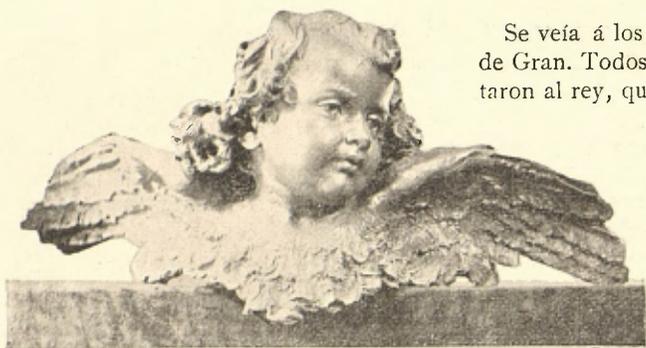
Los mensajeros de Crimilda estaban contrariados, pues tenían gran miedo á su señor; todos los días se despedían para partir, pero Hagen no los dejaba; esto lo hacía con mala intención.

Dijo á su señor: «No debemos dejarlos marchar sino siete días después de que estemos dispuestos á ir al país del rey Etzel; si alguien nos quiere hacer daño, lo sabremos mejor.»

»Tampoco la señora Crimilda podrá prepararse á causarnos males por sus consejos. Si ella tiene tal intención, podrá salirle mal, pues al Huneland vendrán con nosotros muchos hombres escogidos.»

Las monturas, los escudos y todos los trajes que habían de llevarse al país del rey Etzel, estaban preparados para





Se veía á los músicos apresurar su marcha. Encontraron á Etzel en la ciudad de Gran. Todos los ofrecimientos y felicitaciones que habían recibido las manifestaron al rey, que de alegría se puso rojo.

Cuando supo la reina que sus hermanos iban á ir á aquel país, se sintió dichosa; hizo dar á los mensajeros grandes regalos, pues quería honrarlos.

Ella preguntó: «Decidnos ambos, Werbel y Schwemmel: ¿cuáles son de mis parientes los que vendrán á la fiesta, entre los mejores á quienes hemos invitado para que vengan á este país? Decidnos también qué dijo Hagen cuando supo la noticia.»

«Fué al consejo una mañana temprano, y dijo pocas y buenas palabras; todos aconsejaban el viaje al Huneland: el feroz Hagen sostuvo que corrían peligro de muerte.

»Vendrán vuestros hermanos, los tres reyes, con suntuoso aparato. En cuanto á los demás que han de venir con ellos no lo he podido saber. Ha prometido acompañarlos Volker el fuerte músico.»

«Con mucho gusto» dijo la reina, «dejaría de ver aquí á Volker. Hagen me es muy querido, por ser de los mejores guerreros. Al saber que voy á verlo experimento grande alegría.»

La reina fué á ver al rey. ¡Qué de amorosas palabras le dijo Crimilda! «¿Os agradan estas noticias, mi querido señor? Lo que tanto deseaba va á cumplirse.»

«Lo que tú quieras me alegra» le respondió el rey; «nunca cuando mis parientes han venido á mi reino he sentido el corazón más alegre. Con la vida de tus amigos desaparecen todos mis cuidados.»

XXV

DE CÓMO LOS REYES FUERON AL PAÍS DE LOS HUNOS

Los encargados para ellos por el rey, prepararon en el palacio y en los salones sitios suntuosos para los huéspedes queridos que debían llegar. Después ocurrieron grandísimas desgracias.

El jefe del Rhin hizo vestir á sus hombres en número de mil sesenta, según he sabido, y con nueve mil criados se dirigió á la corte; los que se quedaron en sus casas los lloraron más tarde.

A Worms, residencia de la corte, llevaron todo lo necesario. Un anciano obispo de Spira dijo á la señora Uta: «Nuestros amigos quieren ir á esta fiesta; que Dios los proteja.»

Así dijo á sus hijos la noble y buena Uta: «Permaneced aquí, héroes escogidos; esta noche he soñado cosas espantosas; todos los pájaros de este país se habían muerto.»

«El que fía de los sueños» replicó Hagen, «nunca sabe la verdad de lo que se refiere á su honor. Mi deseo es que los señores después de despedirse vayan á la corte.

»Con placer caminaremos al país del rey Etzel, donde las manos de buenos héroes servirán á los reyes, como hemos de verlo en la fiesta de Crimilda.» Hagen aconsejó el viaje; después sintió pena por ello.

Él se hubiera opuesto si Gernot no le hubiera zaherido con imperio sus palabras. Él, recordando á Sigfrido, el esposo de Crimilda, decía: «Por esta causa Hagen no quiere realizar el viaje.»

Así le respondió Hagen de Troneja: «Nunca me impuso temor. Realizad, héroes, lo que tenéis deseos de hacer: yo os acompañaré con gusto al país del rey Etzel.» Después tuvo que romper muchos yelmos y muchos escudos.

Los barcos estaban preparados en las orillas del Rhin;

aquellos fuertes guerreros. Los emisarios de Crimilda fueron llamados á la presencia del rey.

Cuando llegaron los mensajeros, el señor Gernot dijo: «El rey acepta la invitación de Etzel: con gusto iremos á su fiesta para ver á nuestra hermana; no tengáis duda de esto.»

El rey Gunter preguntó: «¿Podéis hacernos saber cuándo celebrará la fiesta ó hacia qué día?» Schwemmel le contestó: «Está fijada para mediados del estío.»

El rey los autorizó (cosa que aún no había hecho) para que fueran á ver á la señora Brunequilda si daba su consentimiento. Volker se opuso en su obsequio.

«La señora Brunequilda no está buena para recibirlos» dijo el buen caballero. «Esperad hasta mañana y podréis verla.»

El rico rey que estimaba á los mensajeros, llevado de su generosidad, les hizo dar de su oro sobre anchos escudos; él poseía mucho. Sus amigos les hacían también valiosos obsequios.

Geiselher y Gernot, Gere y Ortwein les demostraban cuan buenos eran; daban ricos regalos á los emisarios, que éstos no quisieron aceptar por temor á su señor.

Así le dijo al rey el mensajero Schwemmel: «Señor rey, dejad estos regalos en vuestro país. Nosotros no podemos llevar nada, porque nuestro señor nos ha prohibido aceptar obsequios; nosotros no necesitamos nada.»

El jefe del Rhin estaba muy disgustado porque ellos rehusaron los bienes de un rey tan rico. Les hizo aceptar su oro y sus trajes, que llevaron consigo al país del rey Etzel.

Antes de emprender su marcha quisieron ver á Uta. El joven Geiselher llevó á los músicos á la corte, cerca de su madre; encargó dijeran á la reina que ella se alegraba de sus honores y de su felicidad.

La reina viuda hizo dar á los músicos bandas y oro por el afecto que profesaba á Crimilda y al rey Etzel. Ellos los aceptaron, pues se los ofrecían con lealtad.

Después los emisarios de Crimilda se despidieron de hombres y mujeres; cabalgaron alegremente según he sabido hasta el Schwobenland: hasta allí Gernot los hizo acompañar por sus guerreros, para que no sufrieran la menor desgracia.

Cuando los dejaron éstos, el poderío de Etzel los protegió en todo el camino. En ellos nadie les quitó ni los caballos ni los vestidos, y cabalgaron con gran rapidez hasta el Huneland.

A todos los amigos que conocían por allí, les anunciaban que los héroes de Borgoña irían dentro de pocos días desde el Rhin al país de Etzel. El obispo Pilgerin supo también la noticia.

Cuando en su camino llegaron cerca de Bechlaren, no ocultaron la noticia á Rudiguero ni á su esposa Gotelinda, la noble margrave. Grande fué su alegría al saber á quienes iban á ver.

en ellos cargaron todos los vestidos que llevaban. Tuvieron que trabajar hasta por la noche, y bien pronto dejaron sus casas, emprendiendo alegres el viaje.

Establecieron las tiendas y las chozas al otro lado del Rhin en el punto en que querían acampar. La hermosa esposa de Gunter le rogó que permaneciera á su lado, y aquella noche lo tuvo abrazado.

Las trompetas y las flautas resonaron á la otra mañana muy temprano, cuando debían partir. Los que amaban estrecharon entre sus brazos á los que eran amados. Con extraordinaria crueldad los separó luego la esposa del rey Etzel.

Los hijos de la hermosa Uta tenían un vasallo fuerte y fiel: en el momento de partir dijo en secreto al rey lo que tenía en el alma. Le dijo: «Mucho me hace sufrir que realices este viaje.»

Se llamaba Rodolfo y era un héroe fuerte y valiente. Añadió: «¿A quién queréis dejar vuestra gente y vuestro país? ¡No habrá nadie que pueda haceros desistir de vuestro propósito! La invitación de Crimilda no me parece buena.»

«El país y mi hijo te quedan confiados, y protege bien á las mujeres: tal es mi voluntad. Consuela al que veas con el corazón y el alma oprimida. Nunca nos hizo mal la reina Crimilda.»

Los caballos estaban dispuestos para los elevados señores y sus hombres. Muchos caballeros que se distinguían por sus pacíficas costumbres, se separaron cariñosamente de sus esposas que pronto debían llorarlos.

Cuando partieron los atrevidos guerreros sobre sus caballos, las mujeres quedaron en grandísima aflicción: el

alma les avisaba de que aquella separación debía proporcionarles males sin cuento.

Cuando los esforzados borgoñeses se pusieron en marcha, se oyó en todo el país un grito de angustia. De ambos lados de la montaña lloraban hombres y mujeres. Pero, hicieran lo que hicieran, ellos partieron contentos.

Mil héroes Nibelungos iban con ellos, llevando arneses; dejaban en las casas muchas hermosas mujeres, que no volvieron á ver. La herida de Sigfrido causaba siempre dolor á Crimilda.

Los que acompañaban

á Gunter siguieron su viaje por el Osfranken hacia el Mains. Hagen era el guía, pues conocía el camino; el mariscal de ellos era Dankwart, el héroe del país de Borgoña.

Mientras caminaron por el Osfranken hacia el Schwabelfelde podían ser admirados los príncipes y sus amigos por su aspecto grandioso. A la duodécima mañana el rey llegó al Donau.

Hagen de Troneja caminaba siempre delante, y muchas veces fué á ayudar á los Nibelungos. El fuerte guerrero echó pié á tierra y de prisa amarró su caballo á un árbol.

El río estaba desbordado, las barcas sumergidas. Los Nibelungos se veían apurados sin saber cómo atravesar, pues la corriente era muy ancha. Muchos valientes caballeros se bajaron de sus caballos.

«Aquí» dijo Hagen, «van á ocurrir muchos accidentes, príncipe del Rhin; tú mismo lo puedes ver. El río se ha desbordado y la corriente es muy fuerte. Temo que perezcan muchos esforzados guerreros.»

«Hagen, ¿qué me quieres decir?» le preguntó el rey. «Aquí de vuestro valor: no hay que desanimarse. Procura que pasemos á la otra parte del río con todos nuestros caballos y vestidos.»

«Para mí,» le respondió Hagen, «la vida no tiene tantos pesares que quiera perderla en este revuelto río. Antes que esto suceda, perecerán por mi mano muchos hombres en el país del rey Etzel.»

«Permaneced aquí junto al agua, buenos caballeros; iré á lo largo del río para buscar á los barqueros que nos conduzcan al país de Gelfrat.» Dicho esto el fuerte Hagen cogió su bien templado escudo.

Estaba bien armado; además del escudo que llevaba tenía bien sujeto su brillante yelmo. Sobre su fuerte arnés ceñía una ancha espada de dos filos que cortaba de una manera terrible.

Buscaba á los barqueros por una parte y por otra. Escuchó que el agua se movía, y era que en una límpida fuente jugaban blancas mujeres. Querían refrescarse y bañaban allí sus cuerpos.

Hagen las vió y se acercó con cautela, pero ellas huyeron al divisar al héroe, sintiéndose orgullosas de haber escapado. Él cogió sus vestidos sin hacerles daño ninguno.

Así dijo una de las mujeres del agua que se llamaba Hadburg: «Hagen, noble caballero, si queréis devolvernos nuestros vestidos, os diremos lo que ha de pasar en vuestro viaje al Huneland.»

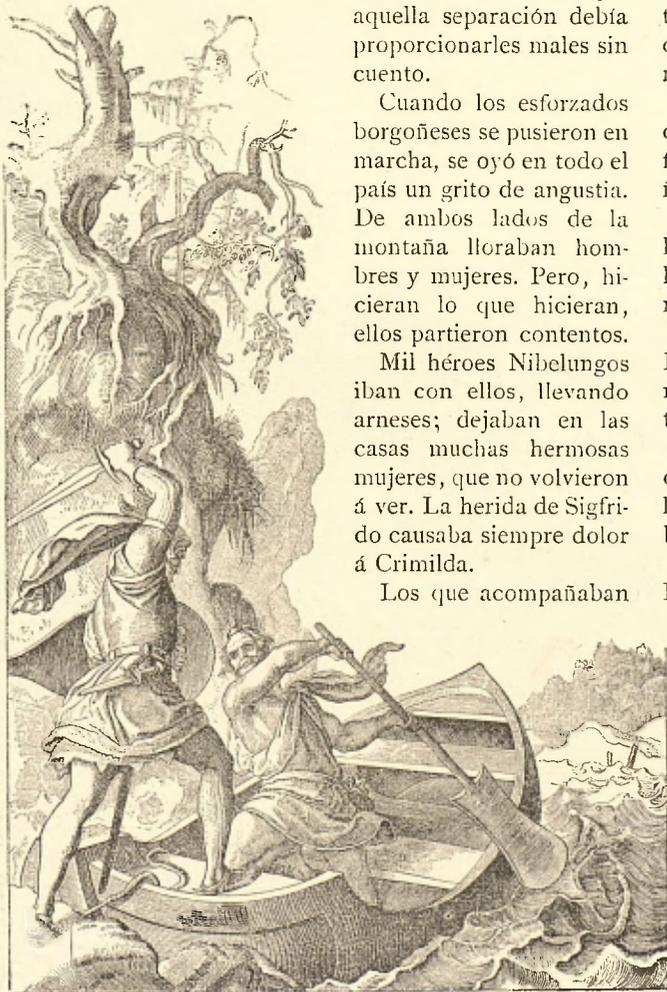
Semejantes á los pájaros se acercan sobre el río; parecióle que eran avisadas y se manifestó dispuesto á creer lo que le iban á decir. Ellas le manifestaron lo que deseaba saber.

Le dijo: «Podéis seguir vuestro viaje al pueblo del rey Etzel. Os juro por mi fe que nunca héroes se presentarán mejor, ni recibirán mayores honores; esto que os digo es la verdad.»

Al escuchar estas palabras, Hagen sintió alegría en su corazón; sin tardar más les devolvió sus trajes. Cuando se ajustaron sus maravillosos vestidos le dijeron la verdad de lo que les había de ocurrir en el país del rey Etzel.

Así le dijo la otra mujer de las aguas, cuyo nombre era Liegelinda: «Quiero advertirte, Hagen, hijo del Aldriano, que por haberle robado su ropa, te ha engañado mi tía, y si vas al país de los Hunos, serás horriblemente engañado.»

(CONTINUARÁ)





HERMENEGILDO MIRALLES

59 · BAILÉN · 70

BARCELONA



HISPANIA. — LITERATURA Y ARTE. CRÓNICAS QUINCENALES.

PANORAMA NACIONAL, 2 tomos con 640 vistas de España y Colonias.

ATLAS GEOGRÁFICO, con 58 mapas en colores.

Á LOS TOROS. Álbum por PEREA, con 28 acuarelas.



LITOGRAFÍA

MONTADA CON TODOS LOS ADELANTOS MODERNOS



RELIEVES. Trabajos en relieve para fábricas de tabacos, etc.

ENCUADERNACIONES industriales y artísticas.

JUGUETES recortados para fábricas de chocolate, etc.

IMÁGENES de todas clases.



AZULEJOS CARTÓN PIEDRA

PODEROSO ELEMENTO PARA LA DECORACIÓN INTERIOR

PÍDASE CATÁLOGO